

# El rincón del poeta

7

## (Cuento cruel)

"La poesía está en la calle", por eso cuando abandoné al rumbo de la casualidad de mis equivocaciones, encontré a mis pasos un tibio refugio de olvidos, franco de servidumbres tristes.

En el encerrado descanso de la calle, el cigarrillo frío bajo la mirada bella y desconocida registrando la cartera, fue la oportunidad fatal del instante: la cerilla activa confundió al humo azul con la sonrisa, y la charla, intermitente primero, y la necesidad de repetir el minuto después, dieron la medida del consuelo. ¡Así comienza todo en la vida, y sigue hasta la muerte!

Desesperado de mirar el almanaque acudía al rincón reservado para mi atormentada soledad; y para las barbas y las cabelleras estudiantiles que temerarias se detenían a examinar libros; y a reír de la hora que pasaba envidiando su ligero contento.

Bajo el sol pleno en el marco azul, bondadoso, sereno y transparente, o bajo nubes cargadas de electricidad y amenaza, la esperaba viendo discurrir la vida por la entrada del parque hecho para los ensueños sencillos, pequeño albergue del corazón; y de dos, cuando llegaba.

Se acercaba sonriendo llena de salud y noticias; a veces ya estaba allí vistiéndose de fiesta el banco diseñado para los abandonos milagrosos. Callada, expresaba con los ojos y con el alma la impaciencia de decir todo lo que no tenía y no logró; todo lo que llevaba lastimado y trunco.

Y ¡otra vez!, la promesa del rincón con el encuentro consentido que no se prolongaba, pero era suficiente para decir versos de ilusión, de mansa reconciliación con la vida. No sé si faltaba al décimo mandamiento, pero su boca y sus cabellos me perdonaban el verla tan cerca a la transgresión bíblica; de conocer sus manos lejos del otoño, en suave absolución, que aprisionando mi ser, existían sólo un momento como suspiro y herida, en la tarde inocente sembrada de hojas y apacible olvido.

El rincón era suficiente para contener la ilusión y la esperanza, apropiado para colmarlo con el minuto desesperado de permanecer, ayudando a vivir sin asomarse a la curiosidad cursera del mundo.

La calle concluía y comenzaba allí donde la gente corría tras las urgencias de las tristezas o las alegrías; y los carros cruzaban raudos, violentos, repletos de rostros confundidos en el trajín cotidiano y sin medida. La gente iba, volvía, se repetía en el garbullo de la vía que se sosegaba en el rincón donde yo esperaba la poesía de la calle, con el proyectado goce guardado de mi nostalgia recuperada con la alegría de presentir sus pasos, antes del alivio de sus ojos y los versos sedantes, para luego "morir un poco" con la despedida, dejando otra cita, en el mismo banco en la hora y sitio donde la casualidad me hizo encender un diminuto sol para quemar sus labios; donde la infelicidad se detuvo cuando huía de mi destino, y la encontré esperando otra soledad, mirando las nubes de la tarde que se iba.

Contaba de paisajes escondidos; de flores marchitas en el fondo de sus recuerdos de viaje; de la soledad de su vida en compañía, aceptando la piedad de esa suerte obediente a la obligada comunión desierta y fiel. Hablaba tan suavemente, en aquel rincón huyendo de la calle, que su voz era más dulce que el silencio; hasta que sus labios delgados se hacían crueles al irse sin dejar su nombre, con la promesa de regresar a una hora que pertenecía desde antes a la ilusión.

¡Y de repente!, la sorpresa torcedora, viva y sin espejismo del final, como recuperación de lo que pasa a los veinte años: el recurso de la amistad, receta del secreto dorado que queda entre dos, que no puede ser amor porque llegó tardío y desconocido al rincón poético que ocultaba la calle. Y después, el abandono necesario y convencional, la huida veloz con estela sin regreso desapareciendo para hacerse sombra en la distancia.

Ni apretón de manos, ni mirada de esperanza, quizá una sonrisa de mutua compasión antes de la irremediable partida en la tarde triste y descolorida.

Salí al linde del rincón, a la calle abierta a los pasajeros indiferentes que iban y volvían; vi que corría lejos, que se alejaba para siempre con la melena y la cartera al viento, llevando las formas de mi corazón perseguidas por la locura de alcanzarla y hacerla volver.

La seguí lejos, más allá de las calles, después regresé con mi pobre amor a cuestas hasta el banco donde dejando un poco de su

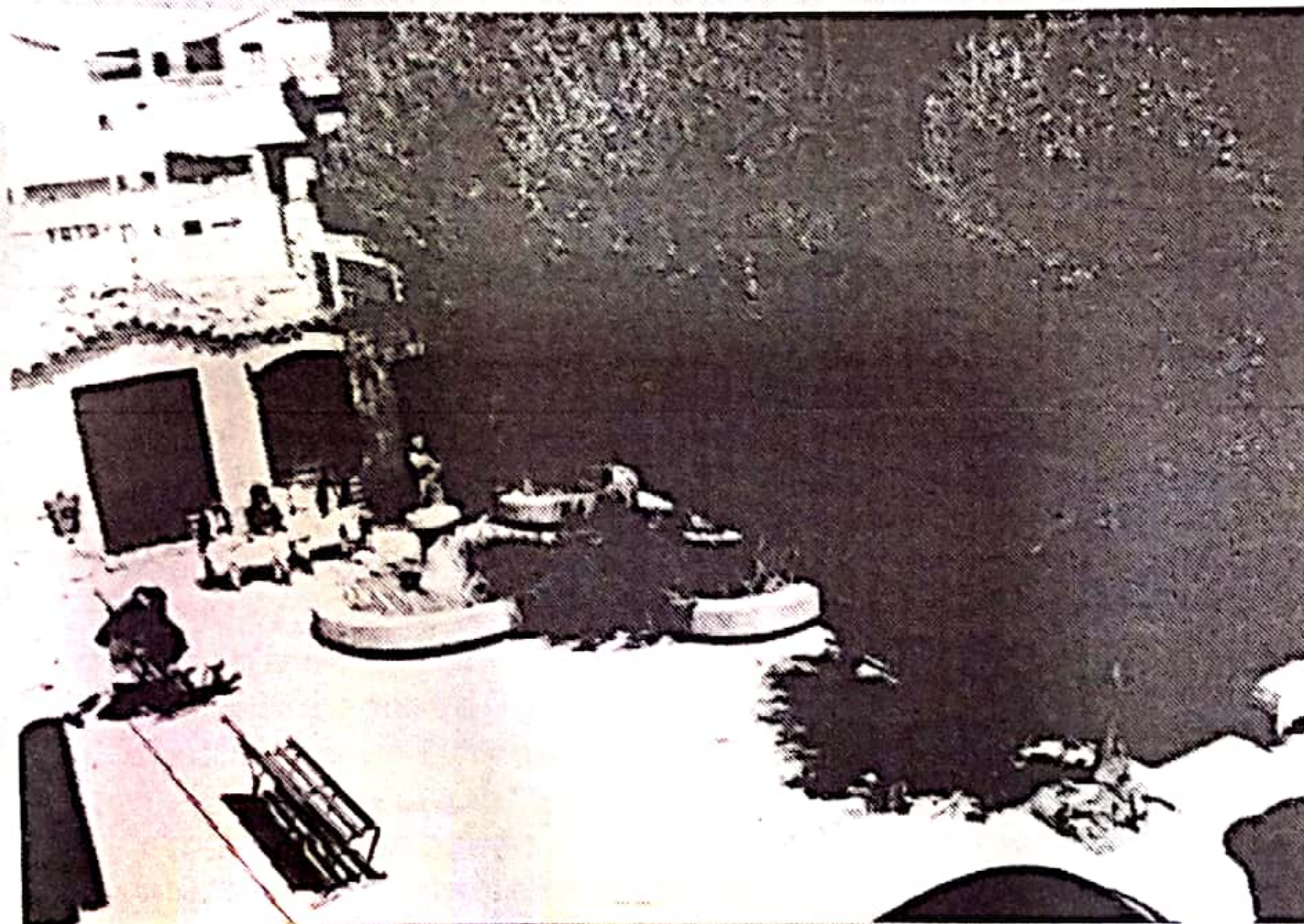
perfume, olvidó el poema que leía para la atención frenética de su belleza prohibida para mí.

Me senté en el banco, en ese rincón del poeta que iba dejando la tarde; y recién descubrí con la resignación quemándome en el alma, que estaba en parque pequeño, reducido como jardín privado, con elevados árboles viejos, de los que descendían amarillos mensajes de otoño; las ramas ocultaban rumor de alas y balcones saledizos de madera bordada deshabitados y silenciosos. Faroles ochocentistas col-

gaban de escarpías nuevas; y en el muro frontal, celosías de gruesa forja guardaban el recuerdo de grandes serenatas.

Un angelillo de metal -industria de París- desnudo y sin aljaba, pulsaba el laul sobre un corto pedestal, junto al libro que cubría un sucinto manto suyo: quizá "Puerto Imposible" o "La Posada de los Sueños", libros de poesía, de esa poesía primordial que enviaba la calle al desván de ese rincón que desde hoy guarda un sueño más, un sueño roto y herido.

El parque, pequeño rincón de poetas, no tenía un mirador de su cielo, un espejo de las estrellas, y los faunos que nunca faltan. No pude asomarme a la luz de sus orillas para reflejar mi sufrimiento, pero sentí que tenía en las sienes los daños del tiempo que no eran colores de juventud; y sintiendo aquella "madurez irónica y maldita" que denunció Neruo, pude oír en el pentagrama del angelillo -audible para mi alma- el repertorio del arpa del Rey David, despidiendo mi ilusión que moría con la tarde.



**JOSE BRAVO REVA. (1928-1988)** Abogado, narrador y poeta, gran parte de su obra literaria se halla dispersa en periódicos y revistas del país. Sólo publicó un libro, "Cuentos del Pic de Gallo" en 1985.

COMENTARIO